

Residencia San Pedro de los sacerdotes mayores

El Triduo Pascual en la plenitud de la vida

1. Momento vital de personas mayores: Una gracia

Quisiera comenzar con una breve reflexión sobre la etapa de la vida que os toca vivir: ¡ser mayor! La Iglesia tiene una mirada profética en un mundo y una sociedad que intenta arrinconar y excluir la ancianidad. Este lunes de IV semana de Cuaresma Isaías nos ilumina con esta mirada profética: *“Ya no habrá niño que dure pocos días, ni adulto que no colme sus años, pues será joven quien muera a los cien años”* (Is 65, 20). La ancianidad permite vivir en plenitud la vida humana, pues permite recorrer todas las etapas de la vida.

Seguiré las reflexiones de Moisès Broggi, médico-cirujano de gran prestigio que hace una reflexión a los cien años: “Reflexiones de un anciano centenario, en Bioética & debat”:

El médico centenario subraya que hay tres etapas de la vejez según las actividades principales que se afectan: Física (a partir de los 30), intelectual (en torno a los 70) y espiritual. Esta tercera etapa se desarrolla ante la merma de las otras: *“significa el desarrollo de la vida interior. El anciano acaba comprendiendo que el mundo que le rodea ya no es su mundo y que su mismo cuerpo se está desmoronando visiblemente. Ya no es posible identificar su yo con todo aquello que está desapareciendo, y es necesario dirigirlo en el sentido de aquella parte espiritual y escondida que todos llevamos dentro, que nos conecta con el espíritu divino y nos da una esperanza de vida eterna”*.

El médico en su reflexión como mayor centenario compara al joven con el anciano:

“Como puede comprobarse, en la última fase de la vida, todo es triste y degradante. Pero sólo desde el punto de vista material, porque, visto desde la perspectiva mental y espiritual, la cosa no es así, pues, en este sentido, la vejez no sólo tiene sus propios alicientes, sino que éstos son muy superiores a los que pueden acompañar la juventud con sus ilusiones y placeres.

*Así como el joven y el anciano son corporalmente diferentes, también lo son mentalmente. En primer lugar, el joven, como hemos dicho, tiene el pensamiento puesto en el futuro, mientras que el anciano mira al pasado... Todo esto es como si llevara **un tesoro escondido**, dispuesto a reaparecer y disfrutar a la medida de su gusto, pero, por otra parte, esa misma memoria le hace comprender que en este mundo no hay nada permanente... cuanto más se piensa y se medita sobre la vida pasada, más fácil le resulta la renuncia al mundo material, y la entrada en un estado de armónica serenidad que le permitirá la aceptación de su fin natural..."*

Y nos aporta una imagen hermosa para terminar su reflexión:

*"En conjunto, la vida se ha comparado con **la ascensión a una montaña empinada**, donde, primero, el camino se nos presenta fácil y lleno de ilusiones, pero después se va volviendo cada vez más áspero, hasta llegar a un punto donde la aridez y la soledad pueden llegar a ser extremas, pero si entonces tenemos la suerte de podernos detener y echar una mirada atrás, se presenta a nuestra vista un paisaje inmenso y maravilloso, inimaginable, que es la imagen de la realidad de nuestra vida".*

2. Volver a lo esencial : ¡Me amas!

En la Asamblea presbiteral, Convivium, del pasado mes de febrero, tuvimos una conferencia que nos entusiasmó a todos del Cardenal Bustillo, obispo de Ajaccio en Francia, titulada la vocación presbiteral en el cambio de época. Motivándonos a ser como David contra Goliath que elige cinco piedras lisas para derrotarle nos dio cinco claves para el sacerdote hoy. La cuarta creo que nos puede ayudar mucho en esta tarde: *"¿Pedro me amas? Pastorea mis ovejas"*. Dirá el prelado:

*"**Somos sacerdotes para amar**, no solo para la gestión, la animación y la organización. Nuestra vocación es amar... Ante los numerosos desafíos cuantitativos y cualitativos, es importante no olvidar las prioridades. La tentación de las solas estrategias pastorales pueden ser un peligro para la salud humana y espiritual del pastor y para la solidez del rebaño... Antes de acompañar a las ovejas, debemos amar a Cristo. De la primacía del amor al Señor fluye la misión y no al revés. No podemos guiar, reunir y orientar a un pueblo si no amamos al Señor. La acción, incluso la buena acción, sin amor,*

se convierte en una función fría. La misión en nombre del amor es siempre fecunda...

*Si Jesús nos preguntase: ¿Y tú, me amas? No esperaría respuestas de este tipo: claro que sí, conozco gente, dirijo grupos juveniles, educo a niños, mis homilías están bien preparadas, tenemos grupos que cuidan a los pobres, salgo a la calle a evangelizar, etc. Todo esto es maravilloso, pero la pregunta de Jesús quiere tocar el corazón del sacerdote. Simplemente nos dice: **¿tú, mi sacerdote, me amas? ¿Pasas tiempo conmigo?** ¿Soy tu Dios? ¿Estoy en el centro de tu vida? ¿Nos encontramos en comunión y en la unción?*

*Me parece un signo de madurez espiritual y eclesial cuando celebramos la unidad con los que son distintos de nosotros... Si la vida sacerdotal muestra una fraternidad formal y artificial, será estéril. Si, en cambio, la fraternidad no es un ideal, ni un sueño, ni una utopía, sino **una experiencia**, entonces la vida es **fraternal**. Esto significa que los sacerdotes viven lazos constructivos porque pueden apoyarse mutuamente.*

Os lanzo algunas preguntas para vuestra reflexión personal. ¿Piensas que la etapa vital que Dios os propone con menos actividad y responsabilidades es una oportunidad para centrar la vida en lo más importante, el amor de Dios? ¿Está creciendo en vosotros en este tiempo el amor a Cristo? ¿Vivir en la Residencia San Pedro os permite vivir la experiencia de la vida fraterna en el “apoyo mutuo”? ¿Agradezco esta posibilidad y me veo rodeado de hermanos en el mismo presbiterio?

3. San Juan de la Cruz: un camino para vivir en la transformación en el amor de Dios

Tras reflexionar sobre el artículo de Moisés Broggi y acoger esta reflexión del cardenal Bustillo sobre el amor del sacerdote, quisiera proponer al místico de Fontiveros en su tercer centenario de canonización y primero como doctor de la Iglesia. Sabemos de la importancia a la vida espiritual que da a su concepto de la noche oscura. No me quiero detener en un concepto tan complejo y con tantas vertientes que se pueden sacar. En última instancia la noche oscura es un proceso de Dios para purificar al alma y permitir que arda en amor de Dios (la llama del amor viva).

El proceso de la noche permite al alma dejarse iluminar por Dios y cesar en tantos ídolos tanto materiales como espirituales que uno pone pero que no son realmente Dios. **La noche va acompañada por la contemplación** que es: *“no es otra cosa que infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios, que, si la dan lugar, inflama al alma en espíritu de amor”* (1N 10, 6) Y también el poema de la noche finaliza en su estrofa 8ª en la plenitud de la unión mística:

“Quedéme y olvidéme,/el rostro recliné sobre el Amado,/ cesó todo y dejéme,/dejando mi cuidado/entre las azucenas olvidado”.

4. El lavatorio de pies: “¿Me dejas lavarte los pies para que tenga parte contigo?”

Termino proponiéndooos un texto evangélico para meditarlo. Quiero situarme en el pórtico del Triduo Pascual, es decir, la Última Cena. Allí me gustaría que reflexionaraís sobre el lavatorio de los pies, escena muy conocida por todos y que hemos celebrado infinitud de veces y que fundamenta el mandamiento del amor fraterno. Quisiera fijarme en ese diálogo que tiene Jesús con Pedro: *“Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza»* (Jn 13, 6-9).

Habéis lavado en múltiples ocasiones los pies de vuestros hermanos en los distintos momentos de vuestro ministerio. Tal vez ahora, parezca que no sois de tanta utilidad y que tenéis poca capacidad de vivir este mandato al amor. Sin embargo, el diálogo de Pedro con Jesús nos adentra en que el discípulo debe dejarse de lavar los pies antes que lavarlos y dar la vida por el maestro. Nuestro ministerio es fecundo cuando con humildad nos dejamos amar y “lavar los pies” por Jesús. En esta Semana Santa que se acerca te diría que recojas de ese “tesoro de vivencia sacerdotales” aquellas que han sido importantes y dejes lavarlas por Jesús y en Él te dejes amar y vivir en confianza y esperanza esta etapa final.